

# **RUBRO ECONOMÍA**

## **CREYENDO EN LA SUPERACIÓN**

**Una visión optimista con miras al Perú en el año de su bicentenario**

**AUTOR: MANUEL BRYCE ALBERTI**

**Seudónimo: El Golpe**

A mis papás, hermanas y Sofía, quienes contribuyeron a la elaboración del presente ensayo, país o utopía.

*...Peruanos: Os dejo establecida la Representación Nacional, si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va a devorar...*

José de San Martín,

Setiembre 20 de 1822

Reflexionar sobre el futuro de un país multifacético, camaleónico y fotogénico como el nuestro requiere de más de mil noches de conversaciones en la Catedral, un cuadernillo que revele la cifra porcentual a la que cerró la inflación a fines de los años ochenta, una copia del informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y una serie de estados financieros gubernamentales que den luces acerca del manejo público de los recursos.

La historia es el cimiento sobre el cual se construye una nación. Las aguas mansas que actualmente nos acogen terminan donde delimita la memoria y olea la ignorancia. El barco empieza a hundirse cuando somos incapaces de reconocer las cicatrices que tenemos como país, cuando escribimos un futuro sin repasar un pasado y cuando cantamos un himno sin entender la letra. ¿Cómo veo al Perú en su bicentenario? Es una pregunta y ¿Cómo lo quiero ver? Es otra. El peruano es futbolero, corajudo y optimista y yo no soy la excepción. Reconozco que ambas preguntas son distintas, pero no logro entender por qué tienen que serlo. El Perú tiene que aspirar a saltar la valla. ¿Cuál valla? Esa que nos fragmenta, que nos hace dos, tres y si quiere varios. La que nos seduce con lo fácil, lo amoral y lo perverso. La que nos margina en razas como si fuéramos de distintas especies. La misma que cae sobre nosotros cuando entonamos el himno y nos obliga a agachar la mirada.

Pienso entonces en la valla y rápidamente me imagino una especie de muro. Una pared con distintos niveles o quizás una escalera muy alta. Como toda escalera, esta tiene varios peldaños. Tendemos a mirar el último, la riqueza, pero olvidamos el primero de la misma forma en la que olvidamos nuestro pasado.

¿Cómo obtener riqueza si no se tiene un pueblo educado? La educación es el primer escalón, pues es la única capaz de concedernos memoria. La memoria es la encargada de invitarnos a reflexionar y mediante la reflexión es que podemos aventurarnos a crecer. El crecimiento es el medio, no obstante las herramientas que se utilizan a lo largo de este son también importantes. Si el fin es la riqueza, el último peldaño deberá contemplar alguna forma de pobreza. La pobreza es la

encargada en fecundar desigualdad, no obstante la falta de educación tampoco escapa de culpa.

Durante este ensayo, procederé a escalar mentalmente la valla, el muro, escalera o lo que gusten imaginar. No de un salto, sino paso por paso, escalón por escalón para luego una vez arriba, poder contemplar el Perú en el año de su bicentenario. Los temas a tratar son aquellos que conforman un proceso productivo; el inicio, las técnicas o herramientas a emplear, el medio y el fin o dicho de otro modo la educación, las políticas fiscales y monetarias, el crecimiento y en última instancia, la pobreza. Es, sin embargo, difícil por no decir imposible salir de un proceso productivo ileso sin tener un manual de instrucciones, es por ello que cargaré conmigo durante esta travesía una memoria a fin que pueda tener siempre presente la historia.

### **Primer Escalón**

La educación no es más que una forma de inversión por parte de las personas en ellas mismas (Schultz, 1961). La falta de esta a nivel nacional impide que prosiga este viaje y me obliga a detenerme unos minutos en el paradero de la ignorancia con el fin de reflexionar acerca de los defectos de nuestra estructura socio-económica. ¿Por qué educación? ¿Cómo se come? Dicen algunos. La educación en su esencia más pura es todo aquello que nos nutre de habilidades y conocimientos. Esta acumulación de capital nos induce a un mundo laboral con mayores oportunidades (Schultz, 1961). Es la ventana al crecimiento económico y los binoculares que nos permiten contemplar un rango más amplio de bienes y servicios para consumo. Más trabajo, más dinero, más consumo. Suena casi utópico, pero me resbalaría de este primer escalón si no me hiciera la siguiente pregunta. ¿Es la educación el objetivo general más importante de nuestra política social? La respuesta simplista diría que sí, sin embargo, me pregunto, ¿No deberíamos antes revisar la historia?

Mientras tomo asiento para acordarme de ella, unas piedritas de la desigualdad caen desde el último peldaño. Recuerdo entonces que el problema no es actual.

Antes que el Perú se independizara en 1821, la estructura social daba lugar a una escolarización parcial. El seno educativo se concentraba en abastecer tan sólo a la élite rural y a un pequeño grupo de personas adineradas de las zonas urbanas. Luego de la independencia, el giro político indujo a la búsqueda por el populismo. Los mandatarios nacionales han perseguido desde entonces la reducción de la desigualdad educativa mediante políticas cortoplacistas (Dwight Perkins, 2001). Métodos que sedujeran al pueblo y prolongaran su estadía en Palacio de Gobierno. Un claro ejemplo de ello ha sido la construcción desproporcionada de centros educativos. ¿Qué tiene esto de malo? Dirá usted. El pueblo necesita educación y el gobierno provee.

Le contaré estimado lector, que para 1980, la inscripción primaria bordeaba el cien por ciento, donde la demanda superaba la oferta y los problemas financieros impedían una expansión educativa de calidad. La solución contigua fue la construcción de aun más centros educativos a un costo de contratar profesores inexpertos (Dwight Perkins, 2001). Las limitaciones de esta política empiezan a vislumbrarse en la actualidad cuando, por ejemplo, oímos que el Perú ha quedado relegado en el último lugar de la prueba PISA, la cual contempla aptitudes de comprensión lectora, matemáticas y ciencias (El Comercio, 2013). Lo más crítico de la situación, no obstante, recae en el ámbito de los incentivos que existen hoy en día para estudiar. La fundación Carolina CeAlci concluye que en el Perú los retornos asociados a la educación son solo visibles para aquellas personas que completan la tercera etapa (Fernando Borraz, 2010). Esto demuestra que la acumulación de capital durante la instrucción primaria y secundaria es totalmente obsoleta. Un agente racional no debería invertir donde no hay retorno y por consiguiente las familias no estarían motivadas a inscribir a sus hijos en estas instituciones educativas. Está claro que los mecanismos utilizados a la fecha para vencer la epidemia de la ignorancia académica han resultado ser un fiasco. Procederé entonces a esbozar mis visiones acerca de la educación en el Perú del bicentenario, aquella que se libra de la enfermedad del populismo y entiende a la perfección la problemática de fondo.

La fórmula al éxito educacional aunque usted no lo crea es bastante sencilla. Sin embargo, antes de marearlo con su demostración, esta vez no tan matemática a diferencia de como solemos estar acostumbrados los economistas, me permitiré la licencia de introducir un concepto clave: costo de oportunidad o simplemente la segunda mejor opción cuando una decisión económica ha sido efectuada. ¿Por qué no todos vamos al colegio? ¿Será que los peruanos estamos locos? O ¿Somos un país tan creativo que cree en un método alternativo para conseguir la superación? Las respuestas a las últimas dos preguntas, como habrá podido inferir, son negativas. Comentaré entonces lo que realmente sucede. Cuando un padre de familia evalúa la opción de enviar a su hijo(a) a la escuela, este analiza los costos versus los beneficios que esto le generaría. Como en toda actividad económica, los incentivos entran a tallar para estimular a un agente a adoptar cierta decisión. Es importante entender que el costo de oportunidad de que un hijo asista a la escuela es que deje de trabajar en el hogar y por ende, de contribuir con mayores ingresos. La situación es positiva siempre y cuando el trabajo infantil sea, efectivamente, un costo de oportunidad (Enrique Vásquez R. C., 2000). Sin embargo, este muchas veces tiende a convertirse en la primera opción debido a que, como se mencionó previamente, los retornos asociados a la educación primaria y secundaria suelen ser inexistentes. He ahí donde radica el principal problema. ¿Le parece una exageración? Hagamos el ejercicio. Supongamos que el centro educativo al cual su hijo tendría la posibilidad de asistir se cae a pedazos, los profesores escriben hola sin “h” y zapatos con “s” y además este queda a cincuenta kilómetros de donde usted reside, le pregunto ¿Enviaría a su hijo a la escuela?

No sé en qué lugar de nuestro hermoso país me esté leyendo y menos aún si se siente identificado. No se preocupe, no lo juzgo, yo tampoco enviaría a mi hijo a esa escuela. Le cuento, estimado lector, que esta situación se da en miles de familias que residen en las zonas rurales de nuestro país. Síntoma evidente de las diferencias que encontramos en el Perú multifacético, donde las condiciones de vida y por ende los escenarios educativos difieren de región en región. Es por ello que el planeamiento educacional debe al menos, como punto de partida, delimitar

sus estrategias según sector de inferencia: urbano o rural. En ambos casos, el cambio debe venir de la mano de la oferta educativa. Tenemos ya un tablero de juego definido, una especie de mapa, varios jugadores o agentes de cambio y una serie de fichas de valor. Adoptaré ahora el rol gubernamental y me colocaré una banda presidencial en el hombro izquierdo. Para empezar a construir el Perú del bicentenario, considero necesario invitar a uno de los jugadores a colaborar con el sector educativo en el territorio urbano. Repito. Invitar y no obligar. Es por ello que le generaré un incentivo al sector privado para que se una y me apoye en esta cruzada.

La inclusión de este jugador en la educación pública genera un ambiente de competencia, mejoras educativas e innovación tecnológica (Enrique Vásquez R. C., 2000). Sin embargo, esta estrategia no ha sido aún implementada de forma correcta, pues carece de popularidad. El gobierno debería ofrecer un subsidio a cada entidad privada, en este caso una ficha de valor, por cada alumno que se inscriba en su institución. Esto generaría un incentivo para que cada escuela mantenga un estándar de calidad (Enrique Vásquez R. C., 2000). ¿Cómo sucede esto? Simple. El alumnado tenderá a matricularse en aquel centro educativo que le brinde los mayores beneficios posibles. Entonces, desde la perspectiva empresarial, si se mantiene un estándar educativo de calidad, se lograría la captación de una mayor cantidad de alumnos y por consiguiente la obtención de mayores ganancias. ¿Qué nos aleja de esta realidad? Se me ocurre que si el presidente de la república aparece en escena y proclama durante uno de sus discursos políticos que empezará a subsidiar empresas privadas, lo más probable es que acabe junto a la primera dama a milímetros de distancia de la guillotina.

Antes de comenzar la construcción educativa en el territorio rural, me gustaría aclarar, a fin de suscitar una bocanada de alivio en Palacio de Gobierno, que el plan que menciono previamente es totalmente inviable para este sector. Esto se debe a que en zonas rurales, donde lamentablemente habita una mayor cantidad de personas en pobreza extrema, la densidad poblacional es tan reducida, que no habría un incentivo para que las empresas privadas decidan instalarse (Enrique

Vásquez R. C., 2000). El mecanismo de solución, no obstante, no cambia. La fórmula prescribe que debemos generar un nuevo incentivo para capturar la atención de otro agente de cambio. De nuevo ruego que no caigamos en el populismo e insisto en que no se trata de enviar laptops, impresoras, tablets y demás, sobre todo cuando aún carecemos de electrificación rural en varias regiones. La fórmula establece que se debe cimentar bien las bases antes de siquiera pensar en adornar la construcción.

Lo elemental va primero y por consiguiente empiezo a pensar en profesores. Profesores y no improvisaciones. Si echamos un vistazo al sector rural, nos daremos cuenta que estos son escasos por no decir ausentes. Esto sucede debido a que no existen actualmente incentivos que motiven a un docente a enseñar en este territorio (Beltrán, 2012). Espero entonces que para el 2021 se logre incrementar el sueldo de aquellos profesores que estén dispuestos a viajar a estas zonas. El impacto que ello generaría serviría para quebrar el círculo vicioso que ha ido arraigándose en estas provincias olvidadas por el estado. Para que esta política sea efectiva, el gobierno deberá cerciorarse de que los profesores que decidan migrar estén altamente preparados. Considero que una propuesta de esta naturaleza serviría en el corto-mediano plazo. Lo que se busca en el largo plazo, no obstante, es que los maestros no deban movilizarse de otras ciudades para mejorar la calidad educativa de las zonas rurales, sino que estos salgan de las canteras, por así llamarlo de las mismas regiones. Un alumno que recibe una buena educación, va a poder el día de mañana desempeñarse como un buen profesor.

Pero bueno ¿Cómo es la cosa? Le pago más, le compro el boleto de bus y que vaya a dictar lo que sea. Lo que sea tampoco. No soy ni arquitecto, ni ingeniero civil, ni cocinero, sin embargo entiendo que el pastel se encuentra debajo de la cereza y no viceversa. Es imprescindible, por ende, que yo gobierno, lleve un control acerca de las notas que obtengan los docentes durante sus respectivas pruebas. ¿Para qué? Dirá usted ¿Qué tiene que ver la cereza, el pastel y el arquitecto con las notas del maestro? Aquellos profesores que alcancen las

mejores notas, deberán ser asignados a enseñar instrucción primaria, pues los alumnos han de ser provistos de una sólida base académica. Estos profesores serán los primeros ladrillos de la estructura, es decir, la torta educativa (Beltrán, 2012). ¿De qué forma los asignamos? Una vez más mediante incentivos monetarios. Es decir, los profesores que dicten en primaria, deberán ser mejor remunerados que aquellos que trabajen en instancias superiores.

El mapa educativo del Perú del 2021 está casi armado. Mis pies me ruegan continuar escalando y tengo el presentimiento que usted también. Sin embargo, me detengo con el simple afán de reflexionar acerca de la educación superior. Esta, aunque usted no lo crea es el puente por el cual se debe transitar para llegar del desempleo a la empleabilidad total. Con el único propósito de llegar a este último estado, debemos crear instituciones que formen individuos con un perfil altamente deseable para las empresas. Es por ello que procederé a colocar una serie de institutos técnicos en ambos sectores, los cuales deberán especializarse en algún rubro de interés para la región. ¿Quién considera usted, tendría más opciones de ser contratado por una empresa minera operando en Cajamarca? ¿Un minero o un arquitecto?

## **Segundo Escalón**

Políticas fiscales y monetarias. Las tres, palabras rimbombantes, de mucho estilo y bastante cliché. Pero pongámonos a pensar ¿Qué es una política fiscal? ¿Qué es una política monetaria? ¿Cómo se relacionan con la educación? Y ¿Por qué las traigo a colación? El escenario educativo ideal sobre el cual reflexiono líneas arriba no tiene sustento alguno si no aspira a mejorar la calidad de vida de los individuos. La educación, como hemos planteado previamente no es más que una inversión. La esencia, por ende, se encuentra en los retornos que esta puede generar luego. Lo que buscamos mediante la educación, es incrementar el valor de la productividad marginal del trabajador, el cuál tenderá a traducirse en un aumento salarial de la fuerza laboral (Nicholson, 2007). Ahora bien, ¿Siempre sucede esto? Es decir ¿Siempre un aumento en las capacidades técnicas e intelectuales de un individuo viene acompañado de un incremento salarial?

Observemos el caso Cuba, por ejemplo. País mundialmente reconocido por brindar una educación de calidad a sus habitantes. Preguntémosnos si ha logrado este país mejorar la calidad de vida de su población a través de la educación. La respuesta es no. No, porque son las empresas, en un contexto de libre mercado, las encargadas de valorar la productividad del individuo mediante estímulos monetarios.

Dejemos por un momento a las empresas para pensar en lo que sucedería si las soluciones planteadas generan un efecto positivo sobre el sistema educativo en el Perú. Rápidamente se me viene a la mente que habrán incrementos paulatinos de trabajadores educados y capacitados para asumir diversos cargos. Ah, un aumento en la oferta laboral. ¿Quiénes demandarán o absorberán este exceso de oferta? ¿Estamos ante una problemática de desempleo? Puede que la respuesta sea afirmativa. No obstante, todo depende de los incentivos que plantee el gobierno central para atraer flujos de inversión privada. Bajo esta lógica, procederé a proyectar mis ideas respecto a las políticas que este deberá adoptar para asegurar un marco macroeconómicamente favorable para tanto la creación como atracción de empresas privadas. Comentaré además, lo que se espera del Banco Central de Reservas del Perú (BCR), entidad encargada de delinear las políticas monetarias, para el año de nuestro bicentenario.

La perfecta articulación de una economía depende fundamentalmente del estado. Sinónimo de orden y jerarquía. Si hacemos la analogía con el cuerpo humano, el estado vendría a representar la cabeza o la mente, pues esta última es la encargada de enviar estímulos a los órganos y demás para que estos puedan operar de forma óptima. Sin embargo, cuando regreso a pensar en ese concepto tan amplio llamado estado, resulta irónico entender cómo podemos movernos a pesar de su incorrecto funcionamiento. La falta de institucionalidad, credibilidad y legitimidad por parte de nuestro gobierno, evidencian síntomas de una muerte anticipada, de un diagnóstico fúnebre, o quizás, espero sea tan solo, una temporal parálisis cerebral (Piero Ghezzi, 2013). La enfermedad que nos aqueja desde lo

más profundo se llama corrupción. Hemos aprendido a convivir con esta, aunque sepamos que nos hace mal. Pero, ¿Qué tanto daño nos imputa la corrupción?

La Organización de Estados Americanos (OEA) establece que esta enfermedad socava el intercambio, crecimiento y desarrollo, debido a que desestimula la inversión (Franko, 2006). Además estudios hechos por el Banco Mundial revelan que aquellos países que combaten la corrupción y refuerzan la institucionalidad del organismo jurídico pueden hasta cuadruplicar sus ingresos nacionales en el largo plazo (Franko, 2006). La corrupción debe entenderse como un pasivo, un costo más en el cual deben incurrir todas las empresas que deseen operar en territorio nacional. Es evidente, por ende que esta actúa como un freno que nos impide aproximarnos hacia un mayor bienestar. La forma en la que esta deberá ser tratada es, una vez más, mediante incentivos. Los empleados públicos deberán ser mejor remunerados con el fin de promover la eficiencia y aminorar los estímulos que puedan existir para soslayar la ley. El gobierno de turno debe, para el 2021, haber emprendido una firme lucha contra la corrupción. Erradicarla debe ser el primer punto a tocar en la agenda fiscal.

Seamos sinceros, hemos hablado de los daños que genera la corrupción para el país en términos abstractos, sin embargo, se preguntará usted ¿Cómo esta epidemia afecta directamente a las empresas? Una palabra clave nos resume el cuento: competencia. La formación y atracción de empresas se da exclusivamente en un marco de competencia. La corrupción atenta contra esta debido a que desencadena una plaga conocida como “la maldición de los recursos naturales” (Jeffrey Sachs, 2001). La maldición monopoliza el mercado y entonces evita la aparición de nuevas empresas. Esta sostiene que el Perú, al ser un país rico en recursos naturales pero pobre en institucionalidad, está condenado al subdesarrollo. Procederé a explicar el porqué. La empresa extractora genera una renta, la cual es posteriormente utilizada como mecanismo para pervertir a las autoridades políticas. ¿Para qué? Dirá usted ¿Con qué fin? Si las autoridades ceden al clientelismo, la empresa se convierte en la única con licencia para operar en la región determinada (González, 2010). Evidentemente esto genera un círculo

vicioso en donde no existen incentivos para el desarrollo y la inversión. Me pregunta usted, si realmente creo que para el bicentenario hayamos vencido este mal. No lo sé, espero que sí, al menos durante este ensayo procederé a barrerlo del mapa que anhelo crear, pues no forma de ninguna manera parte de lo que espero para el Perú en el 2021.

Me asomo al borde del peldaño y miro hacia abajo. La sensación es reconfortante. Siento que al haber removido la basura de este escalón, será imposible que pueda resbalar.

Tomemos al Perú como si fuera una habitación. Sí, puede ser donde usted duerme, no importa. Si queremos pintarla, primero debemos limpiarla. Eso es precisamente lo que hice líneas arriba, ahora solo queda bañar al país en color competencia. Recordemos que este tinte nos importa, pues así como el negro atrae el sol, este atrae la inversión.

¿Cómo generamos un marco de competencia? ¿Hacia dónde debe apuntar nuestra política fiscal? Nuestro país debería buscar la formación de clústeres industriales en cada departamento. Estos, en el coloquio empresarial, hacen referencia a la concentración de empresas e industrias relacionadas entre sí. Las firmas involucradas en los distintos clústeres lograrían elevar la competitividad de la región, debido a que no solo cooperarían entre ellas, sino además tenderían a innovar constantemente (González, 2010). Incluso, si estas pertenecen a distintos sectores productivos podrían entonces asociarse con el fin de formar cadenas de eslabonamiento. El resultado afín sería el incremento total de la producción. Debemos entonces preguntarnos ¿Por qué no ha ocurrido esto aún? El problema surge a raíz de la falta de infraestructura para conectar ciertas regiones inaccesibles a distintos puntos clave. La creación de carreteras y el abastecimiento de servicios básicos como luz, agua y desagüe por parte del estado contribuirían a anexar múltiples sectores olvidados, de gran potencial económico, con ciudades comerciales importantes de nuestro país. El gobierno tendría dos alternativas para financiar la nueva infraestructura: endeudamiento o cobro de impuestos.

Este, en el corto plazo, necesitaría asumir una deuda, pues recién estaría generando un escenario atractivo para la instalación de empresas. En el mediano-largo plazo, la inversión privada, estimulada por las facilidades provistas por el estado, debería ser absorbida por estas regiones. Ahora bien ¿Cómo pagamos la deuda? El sistema creado habría, a estas alturas, de funcionar por sí solo. Las empresas en el Perú son gravadas con un impuesto a las utilidades. El gobierno entonces debería utilizar este gravamen adicional generado por la aparición de nuevas firmas para solventar la deuda en la que incurrió. Cabe señalar no obstante, que este sistema solo aplicaría para aquellos segmentos en donde concesionar una carretera a una entidad privada resultaría inviable debido al escaso tráfico vehicular.

El panorama previamente descrito crea un círculo virtuoso en el cual los incentivos seducen a ambas partes. El estado, libre de corrupción hace ya tres párrafos, invertiría de forma eficiente en infraestructura con el fin de atraer un mayor número de empresas que ayuden a solventar su deuda fiscal y contribuyan a mejoras en el ámbito social. La empresa privada, por el otro lado, tendría todas las facilidades necesarias para invertir en nuestro país. Esta, ya no necesitaría incurrir en gastos de infraestructura para penetrar regiones inaccesibles, lo cual antes se traducía en un costo hundido.

El Perú del bicentenario debería encontrarse al menos en la fase inicial de este micro proceso. Las ventajas que presenta este país frente a otros de la misma región son incomparables. Empezar diversos circuitos de infraestructura podría convertir al Perú, como bien menciona Michael Porter, en “una plataforma para las empresas de Sud-América que buscan acceso a los mercados Asiáticos y de los EE.UU” (Porter, 2010). Esto es posible debido a los tratados de libre comercio que han sido firmados con diversas economías importantes a lo largo de la última década.

Debería ponerle mi firma y sello a este peldaño y seguir avanzando. Hemos, hasta ahora, creado un país cuya institucionalidad vela por la educación, el empleo y la inversión privada. Sin embargo, me detendré unos minutos más para reflexionar

acerca de la política monetaria. No precisamente porque sienta que esta no está siendo bien llevada, sino porqué siempre es bueno recordar lo que sucede cuando nos olvidamos de su verdadero fin. El Perú atravesará, entre hoy y el 2021 por dos procesos electorales los cuales definirán a nuestros próximos mandatarios. Aquellos que hagan uso del sillón presidencial deberán entender la importancia de la autonomía del BCR y las limitaciones que tiene esta entidad para actuar en la sociedad.

Hablar de la política monetaria siempre implica emplear tecnicismos y conceptos que aburren hasta al más interesado. Es por ello que utilizaré el siguiente breve apartado memorístico para tan solo describir lo que sucede cuando el estado no respeta la autonomía del BCR. Si ambos se fusionan como si fueran una misma institución, entonces el gobierno de turno, tal como sucedió en el primer gobierno de Alan García, se vería incentivado a producir de manera indiscriminada papel moneda con el fin de afrontar sus deudas e incurrir en gasto. ¿Qué tan sostenible puede resultar ello? Hay que tener en cuenta, mi estimado lector, que el dinero funciona como medio de cambio, unidad de cuenta y depósito de valor siempre y cuando lo respalde la confianza del individuo. Cuando este percibe abundancia injustificada de dinero, entonces el papel moneda tenderá a devaluarse, lo que provoca inflación, o dicho de otro modo, el incremento sostenido del precio de todos los bienes y servicios en una economía. Si esta no es tratada con prontitud, puede desencadenar una hiperinflación. Las consecuencias de ello son fatales. Recordemos.

Entre 1989 y 1990, la inflación en el Perú llegó a su pico. La moneda nacional se depreció de 1200 intis por dólar a 436000 intis por dólar. El taxista debía llevar un bolsón en el asiento del copiloto pues lo que recolectaba durante sus jornadas laborales no cabía en los bolsillos de su pantalón. La situación era insostenible. Los precios del cine subían mientras las personas esperaban en la cola. Las inversiones, por otra parte, saltaban la cola para treparse al primer avión que partiera hacia otro destino. La pobreza abundaba tanto como los intis. Surgieron los mercados negros. La población buscaba desesperadamente resguardarse

detrás del dólar, la gasolina, el cemento o cualquier otra existencia que tuviese un valor intrínseco. El costo de vida era altísimo. El precio de las viviendas se incrementó en más de 50 por ciento, mientras el de los funerales, en más de 70 por ciento (Dwight Perkins, 2001). No había donde irse. La muerte costaba más que una vida.

En resumen, para que esto no vuelva ocurrir, se debe velar siempre por la autonomía del BCR. Entender que las políticas monetarias son facilitadoras, más no gestoras de soluciones de los problemas de fondo de una economía. Característica fundamental, pues de ella se desprende que estas no son por ningún motivo una varita mágica. No pueden, por consiguiente lidiar con ciertas cuestiones como, por ejemplo, el desempleo en el largo plazo (Friedman, 1968). Lo que sí pueden hacer sin ningún problema es facilitar un marco estable, atractivo y seguro para la inversión. ¿Cómo? De la misma forma en la que estas vienen siendo empleadas. Sin más ni menos. Los encargados de gestionar estas políticas deben mantener la estabilidad monetaria, mediante el cumplimiento de las metas inflacionarias.

Les ruego antes de saltar un escalón más que no tratemos de inventar la fórmula. Caminemos hacia el 2021 como lo venimos haciendo. No caigamos en el populismo y acostumbrémonos a recordar, pues como mencioné al inicio, no podemos escribir un futuro sin antes repasar nuestro pasado.

### **Tercer Escalón**

Sonrisas, felicidad, esperanza, ilusiones, cicatrices, desilusiones, tristeza, desconsolación, nostalgia. Cada una de estas palabras revela parte de nuestro desnudo subconsciente cuando oímos a muchos sabios, filósofos, economistas y presidentes proclamar a voz en cuello que el Perú ha crecido tanto por ciento durante el último año. ¿Qué significa nuestro crecimiento? ¿Es sostenible? O ¿Cómo deberíamos de crecer? El peruano, en general el individuo, revisa su entorno siempre en términos comparativos. Nos preguntamos ¿Cómo está el chileno, el sudafricano, el chino, el finlandés, el japonés? Nos alegramos cuando

nos comentan que hemos crecido, sonreímos, creemos que somos superiores, nos reconfortamos internamente sin siquiera saber si este crecimiento es sostenible. Luego creemos o nos hacen creer que “el Perú avanza”. Sin embargo, tarde o temprano nos topamos con nuestra realidad. Para muchos es un baldazo de agua fría. Las políticas adoptadas hasta el momento condenan a nuestro crecimiento a la volatilidad absoluta. Dependemos en sobremanera de la demanda internacional por los *commodities*. Somos vulnerables a los ciclos económicos internacionales (Piero Ghezzi, 2013). Evidentemente no estamos siquiera cerca de convertirnos en un país del primer mundo. Cuando aterrizamos en esta reflexión, nos sentimos estafados, caemos en depresión y nuestra sonrisa inicial empieza a borrarse para delinear una triste mueca.

Durante este ensayo, planteé quedarme con las primeras cuatro palabras que escribí al inicio del párrafo anterior. Debido a esto, será usted testigo mi estimado lector, que hemos arremetido desde el inicio de esta narrativa, contra los problemas más perjudiciales que aquejan a nuestra sociedad. Ahora solo queda destapar el viaducto “crecimiento” para poder caminar hacia un estado de riqueza.

La literatura económica rescata dos recetas para crecer. La primera, un poco arcaica y pasada de moda propone que se deben incrementar los factores de producción, como por ejemplo el capital y la mano de obra, mientras se traslada el consumo actual hacia el futuro para dar cabida al ahorro y la inversión. La segunda me gusta más. Plantea el incremento total de la productividad de todos los factores de producción (Dornbusch, 2002). ¿Entiende la diferencia? Esta última receta es más eficiente. Nos propone intentar producir más utilizando el mismo stock de factores. Por ello, en el primer escalón se hicieron ciertos lineamientos para mejorar la calidad de la oferta educativa. Entenderá usted que esto es crucial, pues hace posible que el capital humano sea más productivo. Sin embargo, ahí no acaba el cuento. Siguiendo la receta al pie de la letra, deberíamos ser más eficientes en el manejo de todos los insumos, no solo en el del capital humano. He ahí donde entra a tallar la tecnología. Este ingrediente es clave para convertir a cada uno de los factores de producción en insumos más productivos. Su

incorporación en la dinámica económica nacional permitiría la evolución de un producto final determinado en uno de mayor valor agregado e incrementaría no solo el valor total de nuestras exportaciones, sino también la demanda por estas. Estos fenómenos serían consecuencia de los mecanismos que empezamos a adoptar para diferenciar nuestros productos y así generar una mayor dependencia de los consumidores por los mismos. Entonces lograríamos un crecimiento más sostenible, pues estaríamos menos expuestos a la volatilidad de los ciclos económicos internacionales.

No estimado lector, la tecnología no solo debería concebirse en potencias mundiales como Corea del Sur o Estados Unidos. Si queremos convertirnos en un estado económico del primer mundo necesitamos innovar en esta. Es por ello que en breves explicaré qué mecanismos deberíamos utilizar para poder gozar en el 2021 de un país desarrollado.

Antes, no obstante, lo trataré de convencer acerca de por qué la segunda receta es más atractiva que la primera y por qué si queremos crecer sosteniblemente debemos modificar ciertos aspectos de nuestro patrón de crecimiento. Para ello procederé a analizar de forma básica la teoría de la convergencia.

Bosquejada en 1956 por el economista Robert Solow, esta teoría de crecimiento asocia el grado de acumulación de capital físico de un país determinado con su respectivo producto per cápita (Piero Ghezzi, 2013). La hipótesis predice que aquellos países que logren una mayor acumulación de capital, obtendrán mayores incrementos en el producto y por consiguiente en el ingreso. Sin embargo, los países más pobres tenderán a crecer más rápido que los países más ricos debido a los retornos decrecientes del capital físico, para converger en el largo plazo a un mismo estado de producto, ingreso o bienestar. En este, los países crecerían a un mismo ratio exógeno determinado por el desarrollo tecnológico y el crecimiento poblacional.

Bajo este esquema, nuestro modus operandi actual sería perfectamente coherente. No necesitaríamos hacer modificaciones a nuestro plan de crecimiento.

Podríamos creer erróneamente que si en los últimos años hemos estado creciendo a cifras de cinco, seis y siete por ciento, mientras potencias como Alemania, Finlandia y Suiza lo vienen haciendo a tasas ínfimas entonces en el largo plazo deberíamos converger a un mismo estado. Lamentablemente, la teoría de la convergencia no contempla el capital humano, cuyos rendimientos marginales son constantes (Piero Ghezzi, 2013). Esto quiere decir que este no necesariamente tiende a desacelerarse cuando los países desarrollan. La brecha entre los países emergentes y desarrollados continuaría existiendo, inclusive en el largo plazo. En buen cristiano de no resolver la problemática de educación, nunca podremos si quiera aproximarnos a un estado de bienestar deseado. Arrastro la educación desde el primer escalón con el único afán de entender que esta es fundamental para la creación de tecnología. La teoría de la convergencia fracasa entonces, pues la tecnología no es un factor exógeno sino más bien endógeno de cada nación. Ambos ingredientes pueden lograr una simbiosis o retroalimentación e impulsar a la economía que los utiliza a un plano superior divergente. Somos ahora conscientes que no convergeremos nunca por medio de la acumulación de capital físico, sino más bien a través de la inversión en tecnología y educación. En el primer escalón se plantearon visiones acerca de cómo espero encontrar al Perú para el 2021 en cuanto a la educación. Sin embargo esta no es la única vía para generar tecnología. Entonces: ¿Qué más podría hacer el estado para estimular el florecimiento de la misma?

Cuando un estado emprende un proceso de transición tecnológica no solo invierte en la adquisición de nuevas instalaciones, sino también compra un nuevo sistema de valores (Franko, 2006). ¿A qué me refiero con esto? La clave para el desarrollo tecnológico se encuentra en el establecimiento de un marco legal e institucional que avale la creación, adaptación e innovación de nuevos productos. Es por ello que el gobierno debe, como punto de partida, fortalecer la protección de los derechos de propiedad intelectual así como también reformar el núcleo burocrático sobre el cual actualmente se opera. Es imprescindible que el gobierno entienda que los resultados serán positivos si todas las partes de una sociedad deciden apostar por la investigación y desarrollo (I&D). Debido a ello, este debe generar

una vez más incentivos que seduzcan a otros interesados. Jorge Sabato, físico y tecnólogo argentino, plantea que la concepción de tecnología se da únicamente en un sistema triangular que involucra la interacción conjunta de la industria, las instituciones educativas y los centros especializados en ciencia y tecnología (Franko, 2006). Se preguntará usted ¿Dónde se encuentra el estado? No crea que Sabato era anarquista. Lo que sucede es que técnicamente el gobierno no es un actor, sino más bien una especie de director o facilitador, encargado de articular a estas partes. Esta utopía Sabatiana no se da en nuestro queridísimo Perú por varios motivos.

Uno de ellos es la migración de científicos de alto nivel a países que brindan mejores oportunidades laborales como por ejemplo Suiza o Estados Unidos. Además, aquellos que sí deciden quedarse, prefieren desenvolverse en rubros más académicos y menos industriales. ¿A qué se deben estas tendencias? En países como el nuestro, el trabajo de un científico se encuentra subvaluado por las industrias a consecuencia de las condiciones que presenta el mercado. Las empresas no suelen tener incentivos para contratarlos, debido a que la tecnología se presenta con las mismas características que las de un bien público: no excluible y no rival. El sistema tiende a sacarle la vuelta a aquellas que sí están dispuestas a incurrir en un costo adicional de I&D. La falta de regulación por parte del estado da cabida a la aparición de *free riders*, quienes están incentivados a apropiarse de la tecnología descubierta (Franko, 2006). Imagínese por un momento que usted es un exitoso empresario. Bajo el mismo contexto que se presenta líneas arriba ¿Invertiría usted en la contratación de reconocidos científicos? Probablemente no, ya que seguramente se preguntaría: ¿Por qué debería yo incurrir en el costo? Qué lo haga la competencia y luego me copio de lo nuevo que produzca. Resulta lógico entender entonces por qué las empresas no tienen interés alguno en contratar científicos y por qué la emisión de patentes en el Perú es un simple saludo a la bandera.

El Perú del 2021 debe, además de fortalecer su organismo jurídico, crear un sistema tributario que incentive a las empresas a invertir en I&D. Un estímulo

consistente con lo planteado previamente, sería la deducción de impuestos a las mismas, a medida que estas inviertan en tecnología. Probablemente entonces, le resulte más atractivo a una firma invertir en tecnología antes que entregarle el dinero al estado. El aporte en I&D por parte de las entidades privadas podría entonces servir, en el largo plazo, para dar cabida a la formación de centros especializados de ciencia y tecnología.

Siento que por fin todo ha cambiado. El escalón sobre el cual me encuentro parado ha mutado de forma. No es más un rectángulo sino un perfecto triángulo. Sin embargo, hay un último cambio que me gustaría realizar antes de moverme al siguiente peldaño.

Una vez más las medidas populistas se interponen en mi camino. En el nuestro, en realidad, pues el Perú nos pertenece a todos. Los agentes de innovación tecnológica, también denominados científicos o técnicos debieran para el 2021 no solo ser absorbidos por el sector privado sino también por el público. Resulta lógico entender el porqué. El desarrollo del Perú depende del aporte de estos en todas las ramas y áreas de gestión. Reconozco dos trabas que nos distancian de este escenario ideal. La primera espanta a los agentes capacitados, pues considera que lo justo es que estos no reciban un sueldo *tan abultado*. El pueblo se sobresalta al escuchar los ostentosos ingresos que reciben aquellos que ocupan algunos cargos públicos. Sin embargo, lo justo no es lo eficiente. El pueblo muchas veces desconoce que al individuo se le debería en teoría compensar con un salario que equivalga al valor de su productividad marginal (Nicholson, 2007). Si creemos en los recortes salariales, ahuyentaremos a los científicos. Dejemos que para nuestro bicentenario estos sean bien remunerados. Luego, aprendamos a esperar y a creer en procesos. Percibiremos los beneficios en el mediano-largo plazo siempre y cuando los dejemos trabajar. Es por ello que la segunda traba, el órgano burocrático, debe reformarse para agilizar las acciones de cambio. No aburramos a nuestros salvadores del mañana con engorrosos trámites administrativos. Busquemos soluciones más eficientes. Luchemos por una economía cada vez más productiva, dinámica y desoxidada.

## Último Escalón

¿Podría usted nombrar a alguna economía que haya sido capaz de combatir la pobreza sin crecer a lo largo del tiempo? Le ahorraré la reflexión. Tal caso no existe. Sin embargo, el crecimiento es una condición necesaria más no suficiente para librarnos de este mal. Perdón, introduzco a la pobreza como un mal. ¿Lo es? Tanto desde una perspectiva ética como económica, sí, lo es. La primera, plantea una explicación más humanitaria, pues mediante esta podemos sentir una mayor empatía con los más necesitados. La visión ética señala que las personas tienen derecho a vivir sin ser despojados de todo a su alrededor. La teoría económica es más fría y racional. Esta afirma, que la pobreza conduce a una enorme pérdida de capital humano y, en consecuencia, de eficiencia. No importa la forma en la que sea visto, este mal nos afecta a todos. La pobreza no es solo un problema de los pobres. Así le guste vivir, mi estimado lector, con los ojos vendados de por vida, podría ser una víctima indirecta de la pobreza. Esta es muchas veces el caldo de cultivo de los negocios turbios, la violencia y la inestabilidad política de una nación (Franko, 2006). Además, resulta más difícil combatir la pobreza en países como el nuestro, donde rige la desigualdad y las poblaciones por región son muy heterogéneas. La literatura recomienda, en estos casos, que se mantengan altas tasas de crecimiento. Pero, si el crecimiento no basta para afrontar la pobreza ¿Qué más debemos hacer?

En este escalón procederé a plantear una fórmula que consta de dos partes. La primera, alude al micro-crédito como una solución efectiva contra la pobreza, mientras la segunda, al abastecimiento eficiente de servicios básicos mediante programas de ayuda social.

Para tratar con este problema, primero debemos entenderlo. La pobreza ha mutado de forma a lo largo del tiempo. Los pobres ya no conforman un sector marginado por la sociedad. Estos hoy por hoy se resguardan detrás de un sistema productivo alterno. Encuentran en este un método de subsistencia. La informalidad, como se denomina este mecanismo de salvación, presenta los incentivos necesarios para atraer a los más necesitados (Franko, 2006). Sin

embargo, este sistema es cortoplacista y en consecuencia, como hemos visto durante este ensayo, insostenible en el tiempo. El sector informal no nos presenta mayores oportunidades que las de sobrevivir. Hernando de Soto redondea esta idea, pues afirma que los pobres acumulan activos muertos. Sin valor. Sus casas, tierras y negocios no pueden ser usados como garantía para una inversión debido a que estos no cuentan con protección legal (Soto, 2002). Esto es resultado del contexto informal en el cual ellos subsisten. Para que los pobres, sean en efecto, menos pobres, deben tener todas las facilidades para invertir, operar un negocio y generar un ingreso permanente. Como la mayoría de mortales, para invertir ellos deberán recurrir a un préstamo. Incluso el gobierno asume deudas, recordemos el segundo escalón. La problemática radica en que los bancos no encuentran rentable efectuar préstamos a los más necesitados debido a que existe un riesgo demasiado alto de que este nunca sea devuelto.

Bajo esta perspectiva, el gobierno podría para el 2021, fortalecer sus lazos con las organizaciones no gubernamentales (ONGs) con el fin de promover los microcréditos. Estos agentes de cambio deberían también impartir capacitaciones a los receptores con el fin de asegurar el uso óptimo de los recursos. Lo más probable es que, mediante estos beneficios, los pobres logren apartarse del sector informal. Un estudio hecho por Enrique Vásquez, Carlos Aramburú, Carlos Figueroa y Carlos Parodi reafirma esta hipótesis, pues concluye que existe una necesidad por parte de los más pobres de acceder a medios crediticios (Enrique Vásquez, 2001). Sin embargo y lamentablemente, esta no es la solución más adecuada para aquellos que se encuentran en pobreza extrema. En estos casos, es muy probable que el crédito otorgado no sea destinado a la inversión, sino más bien, al consumo de bienes y servicios de primera necesidad (Franko, 2006). La casa recomienda entonces, que se haga un uso más eficiente de los programas de ayuda social.

Para ilustrar lo que espero para el año de nuestro bicentenario, tomaré como ejemplo “Juntos”, un programa social implementado en el año 2005 (Felipe Portocarrero, 2010). Desde su ejecución, “Juntos”, ha batallado contra las

alarmantes cifras de pobreza extrema que nos aquejan. Sin embargo, los resultados no han sido del todo positivos. Los principales problemas de este programa están asociados a la oferta. El más resaltante, identifica como inadecuada la gestión de las políticas implementadas. Esta flaqueza se hace evidente cuando analizamos los cambios obtenidos en el capital humano. En muchos casos insignificante por no decir nulo. Percibo entonces una falta de coordinación entre el organismo promotor y los destinatarios. Hay una gran diferencia entre lo que el gobierno considera necesario y lo que la población realmente necesita.

Los servicios básicos deben ser provistos de acuerdo a las necesidades de los distintos grupos de personas. Es por ello importante “saber quién recibe qué y quién necesita qué” (Felipe Portocarrero, 2010). Programas como “Juntos”, deben, además de contemplar medidas de desarrollo humano, proveer una mayor infraestructura para así dar mejores oportunidades a los más necesitados. Esto incluye, por ejemplo, la inserción de redes de protección social, las cuales deben velar por la manutención de ancianos y discapacitados (Felipe Portocarrero, 2010). Bajo esta lógica, espero que el estado, para el año 2021, decida emprender proyectos de desarrollo impulsados por la comunidad o CDD- (*community driven development*). La inversión será más eficiente si las comunidades forman parte de la toma de decisión de los diversos proyectos. El método se basa, como bien menciona Deepa Narayan, en “aprender haciendo” (Narayan, 2002). En este escenario, las inversiones serán más eficientes y los cambios esperados más rápidos.

### **Reflexiones Finales**

Que terminar este ensayo sea el comienzo de una nueva historia. Que la escalera que he construido se convierta en una fortaleza. Que el único sueño que nos quede, sea el presente.

Espero algún día ser testigo del renacer de mi cultura, nación y economía. Los deseos que tengo para el bicentenario, son los mismos que los tuyos, criollo,

mestizo, blanco, negro, zambo, mulato, peruano. Hambriento de gloria al fin y al cabo. Las soluciones planteadas, albergan algo más que lógica. Guardan tacto, sentimiento y esperanza. La fortaleza se empieza a consolidar en los cimientos. Esta yergue sobre la educación. Capital humano. Comprensión y reflexión. Si no se tiene eso, no se tiene nada. La economía no son solo números. Parte de algo existencial, como todo lo empírico. Sin personas no hay economía y sin educación no hay personas. Luego, el estado guía. Lidera. Luego.

Estado y gobierno han sido utilizados de forma indiferente a lo largo de este ensayo. ¿Acaso son sinónimos? Para el 2021 tienen que serlo. Las políticas que se empleen deben perdurar como si fuesen de estado y no de gobierno. Ahí deposito mi confianza, mi fe. Empezamos a creer, construir, cambiar, crecer. Que las letras del Zambo, Eva y Chabuca nos canten una realidad y no una fantasía. Que en el 2021, peruano, tus cicatrices marcadas de desilusión canten conmigo un vals criollo de la esperanza. No solo tú que me lees, sino el de tu costado que no puede. Qué la desigualdad se marchite como las flores de un otoño del ayer. Color y riqueza. Riqueza y color. Que la primera no condicione a la segunda ni la segunda a la primera.

Espero un Perú unido. ¿Es mucho pedir? Quiero abrazar una nación. Una. No varias. Recordemos que lo fácil, lo amoral y lo perverso no conducen a nada. Protestemos ante propuestas populistas, cortoplacistas y demagogas. Lleguemos al bicentenario por el sendero del libre mercado. No cortemos camino. No nos hagamos los vivos. No dejemos que otros se hagan los vivos. No generemos una putrefacta sociedad de cómplices. Ruego, de rodillas, como lo vengo haciendo desde el inicio de este ensayo, no entorpecer la fórmula.

Me complace haber construido un mirador en el último peldaño con el fin de contemplar una selva de riquezas, una valla dorada, una escalera a la superación. Me puedo quedar colgado todo el día observando. Pueden pasar los días e incluso los años y yo seguiré, sentado, admirando mi construcción. Llegará el bicentenario y yo me mantendré aquí, firme, mientras tú, quizás, estés por allá. Esa escalera no será destruida. Mis ilusiones no las perderé. Mis sueños

perdurarán hasta el día en que me muera. No me preocupa, amigo peruano, que esa valla se quiebre. Eso no ocurrirá. El reto está en que tú también creas en ella, la construyas y la mejores. Ese día, habré y habremos triunfado. El Perú del bicentenario no es ni tuyo, ni mío. Es de todos. No nos defraudemos.

Para los que esperaban una conclusión, les diré que este ensayo no concluye, sino todo lo contrario abre un camino, empieza y enciende una reflexión, una ilusión, un cambio. Abrázalo.

# Bibliografía

Beltrán, A. (2012). *La trampa educativa en el Perú: Cuando la educación llega a muchos pero sirve a pocos*. Perú: Universidad del Pacífico.

Dornbusch, R. (2002). *Keys to Prosperity Free Markets, Sound Money, and a Bit of Luck*. Inglaterra : The MIT Press.

Dwight Perkins, S. R. ( 2001). *Economics of Development* . Estados Unidos de América: Norton & Company INC .

El Comercio. (03 de Diciembre de 2013). Perú ocupa el último lugar en comprensión lectora, matemáticas y ciencias . *El Comercio*.

Enrique Vásquez, C. P. (2001). *Los desafíos de la lucha contra la pobreza extrema en el Perú* . Perú: Universidad del Pacífico.

Enrique Vásquez, R. C. (2000). *Inversión social para un buen gobierno en el Perú*. Perú: Universidad del Pacífico.

Felipe Portocarrero, E. V. (2010). *Políticas Sociales en el Perú: Nuevos Desafíos* . Perú: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico.

Fernando Borraz, J. M. (2010). *Pobreza, Educación y Salarios en América Latina*. España: Fundación Carolina CeAlci.

Franko, P. (2006). *The Puzzle of Latin American Economic Development*. Estados Unidos de América: Rowman & Littlefield Publishers Inc.

Friedman, M. (1968). The Role of Monetary Policy. *The American Economic Review* vol LVIII.

González, J. R. (2010). *Opciones de Política Económica en el Perú 2011-2015*. Perú : Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico.

Jeffrey Sachs, A. W. (2001). *The Curse of Natural Resources*. Estados Unidos de América: Harvard University .

Narayan, D. (2002). *Empoderamiento y reducción de la pobreza* . Colombia: Banco Mundial .

Nicholson, W. (2007). *Teoría Microeconómica: Principios Básicos y Ampliaciones* . México: Thomson Editores .

Piero Ghezzi, J. G. (2013). *Qué se puede hacer con el Perú: ideas para sostener el crecimiento en el largo plazo* . Perú : Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico.

Porter, M. (31 de Enero de 2010). Una nueva estrategia para el Perú. *El Comercio*, págs. A-16.

Schultz, T. W. (1961). Investment in Human Capital. *The American Economic Review*.

Soto, H. d. (2002). *Los Misterios del Capital*. Perú: Sudamericana.